

PRESENCIA Y SILENCIO DE MARÍA EN LA REGLA DE SAN BENITO³⁸

“... *ADVIENTO, TIEMPO DE EXPECTATIVA*” (RH 1)

El décimo quinto Centenario del nacimiento de san Benito está insertado en una época calificada por Juan Pablo II de “nuevo adviento que es tiempo de espera”... “¿Qué hay que hacer para que este nuevo adviento de la Iglesia, próximo ya al inminente fin del segundo milenio, nos acerque a Aquel que la Sagrada Escritura llama ‘Pater futuri saeculi?’” -prosigue diciendo el Papa, después de haber lanzado la frase lapidaria de su Encíclica: “El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia” (RH 1).

También el tiempo de san Benito, fue un tiempo de expectativa, dentro y fuera de la Iglesia.

Las confusas consecuencias de la “paz constantiniana” todavía se hacían sentir: por un lado, el debilitamiento del heroísmo, en la “Iglesia de los mártires”, debido a la facilidad y a las nuevas ventajas de ser cristiano. Por otro, las disidencias doctrinales que arrancaron a san Jerónimo la amarga constatación: “La tierra entera gime y, admirada, reconoce que es arriana”.

Contemporáneas de san Benito fueron las cuestiones cristológicas monofisitas y también el cisma en la Iglesia ocasionado por la elección de un anti-papa.

A todo eso se agregó la coyuntura política: las invasiones de los Bárbaros hicieron perder toda seguridad. Se vivía una época de decadencia y al mismo tiempo de expectativa: aquellos bárbaros guerreros traían, aliada a la violencia devastadora, la novedad de un pueblo joven e intrépido. Las puertas del Evangelio se abrían para ellos.

“... *NECESIDAD DE UNA MADRE*” (RH 22)

María es la gran figura del Adviento. También de todos los tiempos de expectativa registrados por la historia de los hombres. ¿Cómo no lo será en el adviento de este fin del siglo XX?

“En esta difícil y responsable fase de la historia de la Iglesia y de la humanidad, advertimos una especial necesidad de dirigirnos a Cristo; creemos que ningún otro sabrá introducirnos como María en la dimensión divina y humana de este misterio. Nadie como María ha sido introducido en él por Dios mismo. En esto consiste el carácter excepcional de la gracia de la Maternidad divina. No sólo es única e irrepetible la dignidad de esta Maternidad en la historia del género humano, sino también única por su profundidad y por su radio de acción, es la participación de María en el designio divino de la salvación del hombre, a través del misterio de la Redención” (RH 22).

Junto al nuevo Adán, la nueva Eva, Madre de los vivientes, María, Madre de la Iglesia. “En la Virgen María todo es referido a Cristo y todo depende de Él” (MC 25). El Vaticano II señaló la trascendencia de María sobre la Iglesia, al considerarla como “tipo” y “Madre”, aunque colocándola dentro de la Iglesia. “La Maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar... hasta la consumación perpetua de todos los elegidos” (LG 62).

³⁸ Tradujo: M. Mectildis Santángelo, osb. Abadía de Santa Escolástica. Buenos Aires – Argentina.

“... EL EVANGELIO, REGLA SUPREMA DE VIDA” (PC 2)

No es difícil descubrir en la Regla de san Benito, una presencia oculta de María, puesto que buscamos la imagen evangélica de nuestra Señora y no los rasgos de la imagen popular y literaria de María, ligada a cuadros socio culturales diversos” (MC 36).

La Regla benedictina, fundamentada íntegramente en la Palabra de Dios y “guiada por el Evangelio” (RB Prólogo), hace continua referencia a la Persona de Cristo: esto es lo que la hizo atravesar catorce siglos y esto es lo que le garantiza perenne actualidad: “JESUCRISTO AYER, HOY Y POR LOS SIGLOS” (Hb 13,8).

Realmente, “el cometido fundamental de la iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra, es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención que se realiza en Cristo Jesús” (RH 10).

Y, al lado del nuevo Adán, siempre la nueva Eva. María, Madre de la Iglesia.

Otro gran valor de la Santa Regla es su fuerte inserción en la Iglesia. Una de sus características fundamentales, es la de no tener un fin específico, inmediato. Es simplemente ser “Iglesia” e Iglesia peregrina -incluida de modo especial su índole escatológica. Y es por ello que los monjes están insertos en la Iglesia de su tiempo. No en la Iglesia del siglo VI o de alguno de los siglos siguientes.

NO SE PUEDE HABLAR DE IGLESIA SIN QUE MARÍA ESTE PRESENTE (MC 28)

En cuanto a la “letra”, María está ausente de la RB. Pero sumamente presente, en cuanto al “espíritu”.

No es mi intención indagar el desarrollo del dogma mariológico en la conciencia de la Iglesia. Sólo quiero recordar que en el siglo VI, cerca de cien años (aproximadamente) después del Concilio de Éfeso, que proclamó el dogma de la Maternidad divina de María, san Benito escribió una Regla de vida eminentemente “práctica”, diríamos, existencial (pues el concepto 'praxis' tiene hoy una connotación algo diferente del antiguo). No obstante, es una Regla sumamente “teológica”.

En cuanto a la “teoría”, san Benito no se ocupa de ella “ex professo”. En el último capítulo de su Regla remite al monje a otras fuentes: “... para el que corre hacia la perfección de la vida, están las doctrinas de los Santos Padres... ¿Qué página o sentencia de autoridad divina del Antiguo o del Nuevo Testamento no es rectísima norma de vida humana? O ¿qué libros de los Padres Católicos no nos exhortan a que corramos por camino derecho hacia nuestro Creador?...” (RB 73).

Tal vez, aquí podríamos descubrir una puerta secreta que nos llevaría a una presencia oculta de María en la RB en cuanto a la letra³⁹. Sin ninguna duda, las simientes de la Mariología

³⁹ Una mirada rápida, haría correr el riesgo de querer englobar muchas fiestas de Ntra. Señora en el cap. 14 de la Regla: “Cómo celebrar las Vigilias en las fiestas de los Santos”. En verdad, el Occidente sólo conoció la primera fiesta mariana -la única de la que SB habría tenido conocimiento- en el siglo V, en dependencia de Navidad, misterio que SB no enfatiza de modo particular Solamente a fines del siglo VI (Benito murió en 547), en occidente comenzó la eclosión de fiestas particulares de María, relacionadas más con su persona 1 que con el misterio de Cristo. La primera fiesta mariana a la que nos referirnos, celebrada en Occidente el último domingo de Adviento, está atestiguada por la “Carta 61” de san León Magno (+461) y por cuatro Sermones de S. Pedro Crisólogo (+450) sobre la Anunciación, y destinados a ese domingo.

están en los aproximadamente cincuenta y nueve versículos del Nuevo Testamento referentes a Nuestra Señora. Y las bases del desarrollo de la doctrina mariana al par que la explicitación de los dogmas de fe, se encuentran en los Santos Padres.

En el Nuevo Testamento

En san Mateo y en san Lucas, está contenida toda la riqueza doctrinal referente a María. Los dos evangelistas acentúan el significado pascual de la Madre de Jesús: Mateo lo hace de modo bastante misterioso, y Lucas, de forma manifiesta y extensa.

San Juan, el teólogo, intencionalmente hace alusión al “misterio de María: la Mujer, la nueva Eva, al lado del nuevo Adán: en Caná y en el Calvario.

San Marcos, haciendo eco a la catequesis de Pedro (*Hch* 1,22), coloca su evangelio entre el Bautismo de Juan y la Ascensión de Jesús -justamente el período en que María estuvo “ausente” de la vida de su Hijo. Marcos, por consiguiente, refleja un estadio más antiguo que no se preocupaba todavía por la grandeza personal de la Madre de Cristo.

En el Antiguo Testamento

Son bastante conocidos los textos que, “entendidos a la luz de una revelación ulterior y plena, evidencian la figura de la Mujer Madre del Redentor” (LG 55).

En la Patrología (anterior al siglo VI)

La mariología de los Santos Padres, enfoca sobre todo, la maternidad divina y virginal; entre los Padres de la era apostólica se destaca san Ignacio de Antioquía, que insiste en el anuncio de tres grandes “misterios”: la virginidad de María, el parto virginal y la muerte del Señor”.

En el siglo II aparecen los paralelismos: Eva-María; María-Iglesia. San Justino, san Ireneo y, poco después Tertuliano, fueron los que principalmente difundieron esas confrontaciones.

El título de “Madre de Dios” (*theotokos*) surge en el siglo III. El primer testimonio seguro es el de Alejandro de Alejandría, en 325, que probablemente se hacía eco de una costumbre ya aceptada. A partir del siglo II, el título es rápida y universalmente difundido por Atanasio, Eusebio de Cesarea, Cirilo de Jerusalén, Basilio, Gregorio de Niza, Gregorio de Nazianzo. Cirilo de Alejandría que consagró el título en el Concilio de Éfeso al proclamar el dogma de la Maternidad divina de María. Entre los latinos, en ese aspecto, el principal es san Ambrosio. San Jerónimo, Agustín y tantos otros Padres hicieron consideraciones en tomo a María. Sólo un ejemplo: el “De Virginitate” de san Agustín.

En el siglo V ya mencionamos la primera fiesta de nuestra Señora en Occidente (cf. nota 2).

Se registra en el siglo VI, en Roma, entre 550 y 595, la primera Misa mariana destinada a celebrar la maternidad virginal; en las Galias, la versión del martirologio Jeronimiano menciona, el 18 de enero, la “Depositio Sanctae Mariae”. Ambas son posteriores a la muerte de san Benito.

Ausente en cuanto a la “letra”, queda por indagar el modo de presencia de María, en cuanto al “espíritu”, en la Regla benedictina.

LA PRESENCIA EVANGÉLICA DE MARÍA EN LA REGLA DE SAN BENITO

El Documento de Puebla (n. 290) citando a la LG afirma lo siguiente: “Mientras peregrinamos, María será la Madre educadora de la te (LG 63). Ella cuida que el Evangelio nos penetre íntimamente, plasme nuestra vida de cada día y produzca en nosotros frutos de santidad”.

Por tanto, queda así delimitado el ámbito de nuestra indagación: no el psicológico, o meramente afectivo, la vana credulidad, que, sustituye el empeño serio con la fácil aplicación a prácticas externas solamente; el estéril y pasajero movimiento del sentimiento, tan ajeno al estilo del Evangelio que exige obras perseverantes y activas” (MC 38). La relación que buscamos con María es la de Madre-Hijo, en el plano de la fe.

Justamente, por el hecho de que la Virgen María es propuesta por la Iglesia a la imitación de los fieles “NO POR EL TIPO DE VIDA QUE ELLA LLEVO, SINO PORQUE EN LAS CONDICIONES CONCRETAS DE SU VIDA, ELLA SE ADHIRIO TOTAL Y RESPONSABLEMENTE A LA VOLUNTAD DE DIOS”, justamente por eso, es que esa presencia evangélica de Nuestra Señora se puede hacer sentir en la Regla de san Benito - una Regla de vida eminentemente “realista”.

Poco se sabe respecto de la vida de Nuestra Señora. Y lo poco que sabemos torna aún más misteriosa su santidad. Por ello, sólo la Iglesia sabe alabarla condignamente. ¿Quién, de entre nosotros, se habría atrevido a aplicar a María los mismos textos inspirados concernientes a la Sabiduría divina?

El misterio de María comienza desde toda eternidad: “En el principio, antes de los siglos, me creó, y por los siglos subsistiré” (Si 24), y sigue en su presentación en el Templo: Escucha, hija, mira: inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna: prendado está el rey de tu belleza” (Sal 44).

El mismo “Egredere” de Abrahán: “Sal de tu tierra y de la casa de tu padre...” (Gn 12,1). Solamente el Espíritu Santo puede, al inspirar al salmista, hablar sobre la Presentación de María en el Templo: un raptó del Padre que toma plena posesión de aquella criatura colmada de misericordia desde su Inmaculada Concepción, y destinada a cooperar de modo único en el plan de la Redención.

Los teólogos intentaron estudiar qué representaría esa consagración de María, testimoniada en la escena de la Anunciación. María la hizo, dicen ellos, *impulsada únicamente por el Espíritu Santo*. Algo allí se escapa de la estructura del AT y es ya como la aurora de la ley evangélica. Consagración velada, misteriosa, al contrario de la nuestra, pública y solemne. Comienza allí la Tradición cristiana que de ese hecho sólo guardó el “misterio”: María se consagró a Dios.

En vano se buscó en los Evangelios el lugar de la institución explícita y directa de la vida religiosa consagrada. Esta es una institución de la Iglesia, pero en aquello que ella tiene de mejor: una acción del Espíritu Santo en el corazón de María.

“Yo soy la madre del amor hermoso. En mí, está toda gracia de camino y de verdad. Venid a mí los que me deseáis, y hartaos de mis frutos. Quien me encuentra, encuentra la vida y obtendrá la salvación del Señor” (Si 24, y Oficio de Ntra. Sra.).

Lex orandi, lex credendi. La “norma de oración” es una invitación a reavivar en las conciencias la “norma de fe”. Y viceversa.

“MARÍA, LA MADRE EDUCADORA DE LA FE” (Puebla 290)

En esa hija de Abrahán, padre de nuestra fe- se cumplen las promesas divinas hechas al padre de los creyentes.

1. *María es la Virgen que sabe oír y que acoge la Palabra de Dios con fe (MC 17).*

“Bienaventurada la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas por el Señor” (Lc 1,45).

Esta fue también la actitud de Abrahán: “Abrahán creyó en el Señor, lo cual se le reputó por justicia” (Gn 15,6).

Oír y acoger la Palabra de Dios es también la actitud fundamental exigida al monje: oír con oídos atentos... cada día” (RB Pról.). En una Regla relativamente pequeña en cuanto al tamaño material⁴⁰, el verbo “audire” -oír, aparece 26 veces.

2. *“María se adhirió total y responsablemente a la Voluntad de Dios” (MC 35)*

“Hágase en mí según tu palabra”... Como su padre Abrahán: “Por la fe, Abrahán al ser llamado por Dios, obedeció y salió en busca de la tierra prometida...” (Hb 11,8).

Etimológica y esencialmente ligado al verbo “oír”, el término “obediencia” -*de ob-audire*- está citado 36 veces en la Santa Regla, sea en la forma verbal sea en otra forma gramatical.

El concepto benedictino de obediencia es exactamente esa adhesión total y responsable a la Voluntad de Dios. Excluye, por principio lo que MC excluye de la personalidad de Ntra. Señora: una sumisión pasiva y una religiosidad alienante” (37). Esas dos actitudes: oír y cumplir son como el alfa y omega de la dimensión humana de la RB, ya que ésta comienza diciendo: “*Escucha, hijo...* (Pról.) y termina con las palabras “... tú, quienquiera que seas, practica con la ayuda de Cristo esta mínima Regla... y llegarás...” (RB c.73).

Toda la Regla se condensa en tres verbos:

AUSCULTA (Pról.) - *PERFICE* (c.73) - *PERVENIES* (c. 73)
ESCUCHA - REALIZA - LLEGARÁS

3. *“María, la Virgen orante” (MC 18)*

“Su oración por excelencia es el *MAGNIFICAT* en el que confluyen la exultación del antiguo y del nuevo Israel, pues como parece sugerir S. Ireneo, en el cántico de María brotó el regocijo de Abrahán que presentía al Mesías⁴¹ y resonó anticipada proféticamente, la voz de la Iglesia...” (MC 18).

El monje es aquel que llena de alabanza su corazón Y engrandece al Señor que obra en él: “... *operantem in se Domino MAGNIFICANT*”. (RB Pról). Con el corazón dilatado, “nada preferirá al *Opus Dei* -la obra de Dios- procurando que su mente concuerde con la palabra de alabanza de sus labios”. “Me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios” (Sal 39,4).

⁴⁰ Existen aproximadamente 30 reglas latinas antiguas. Entre ellas la RB ocupa el 3er. lugar en cuanto a la extensión: es 3 veces más corta que la RM, dos veces menos que la de S. Basilio.

⁴¹ “Vuestro padre Abrahán se regocijó pensando por ver mi Día: lo vio y se alegró” (Jn 8,56).

La alabanza en los labios de Ntra. Señora es el fruto de su alma contemplativa. En el silencio que siguió al *Fiat* de la Anunciación comienza la vida contemplativa cristiana cuya fuente es la Trinidad: “PORQUE tanto amó DIOS al mundo que dio a su Hijo único” (*Jn* 3,16). Introduciendo a María en su misterio trinitario. Dios quiso que la contemplación de la Virgen tomara una modalidad materna. Una modalidad de servicio. LA FE no camina sola: es en la ESPERANZA que María se declara la humilde sierva del Señor”.

4. “Su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio” (MC 35)

María es también la “Virgen oferente” (MC 20). Pretender que la contemplación sea un puro acto de la inteligencia es confundir contemplación filosófica y contemplación cristiana. Esta última se fundamenta en la fe, en la Palabra de Dios revelada y acogida de modo maternal: gestación que reclama solicitud y amor -“hasta que Cristo sea formado en vosotros”-. El mismo Jesús usó esa imagen: la tierra es maternal, acoge la semilla y la hace germinar.

Entre tanto ese camino de la fe llena de ESPERANZA no es fácil. Como no lo fue para Abrahán: “Esperando contra toda esperanza, Abrahán creyó...” (*Rm* 4,18). Del mismo modo que María, consintió en una renuncia total. Dios les pidió el sacrificio del hijo prometido y concedido. Y ambos creyeron que Dios es todopoderoso para hacer brotar de la muerte la vida, del sufrimiento la alegría, dándoles una fecundidad ilimitada.

La misma disposición para la ofrenda desea san Benito para su discípulo: “...ofrezca en la alegría del Espíritu Santo”...”sin altivez ni dilación” (RB c. 49 y 31). Esa nota de prontitud en el servir invade toda la Regla benedictina. A ejemplo de María, “con la prisa de la alegría” - “festina pro gaudio”, dice san Ambrosio al comentar la escena de la Visitación. La gracia del Espíritu Santo ignora la lentitud- “nescit molimina Sancti Spiritus gratia”. Alegría que no excluye la aspereza del camino: “Dígansele de antemano (al candidato) todas las cosas duras y ásperas por las cuales se va a Dios” (RB 58).

Pero, “por el progreso en la vida monástica y en la fe, dilatado el corazón, *córrese* con inenarrable dulzura de caridad por el camino de los mandamientos de Dios” (RB Pról.).

5. “... resumiendo, María fue la primera y más perfecta discípula de Cristo -lo cual tiene valor universal y permanente” (MC 35)

“La figura de la Santísima Virgen no defrauda algunas de las aspiraciones profundas de la humanidad. Por el contrario, ofrece un modelo acabado de discípulo del Señor:

- en el diálogo con Dios, da su consentimiento activo y responsable a la “obra de los siglos”, la Encarnación del Verbo;
- su opción por el estado virginal no fue un acto de cerrarse a los valores del estado matrimonial, sino que constituyó una opción valiente, para consagrarse totalmente al amor de Dios;
- su abandono a Dios no fue una sumisión pasiva sino una profecía de que Dios “derriba a los poderosos y exalta a los humildes”;
- mujer fuerte y del número de los “pobres del Señor”, conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio;
- verdadera Madre, no se apegó celosamente al Hijo, su función materna se dilató,

asumiendo sobre el Calvario, dimensiones universales.

De modo especial, “María, como Mujer nueva y cristiana perfecta, resume en sí misma las situaciones más características de la vida femenina porque es Virgen, Esposa y Madre”. (MC 36-37). También la mujer contemporánea encuentra en María su “tipo” consumado. Especialmente en relación a la Vida religiosa consagrada. De pie, junto a la Cruz, cree que la fuerza invencible de la oración es capaz de actuar en el mundo materialista que transforma en piedra el corazón de tantos hijos de Dios. “Misteriosa fecundidad apostólica... (PC 7), fundamentada en el Sacrificio de la Cruz”⁴².

6. María, la Mujer nueva, está junto a Cristo, el Hombre nuevo, en cuyo MISTERIO SOLAMENTE ENCUENTRA VERDADERA LUZ EL MISTERIO DEL HOMBRE” (MC 57)

Nuestra Señora ya está glorificada en cuerpo y alma. La Asunción es su misterio de “transfiguración”.

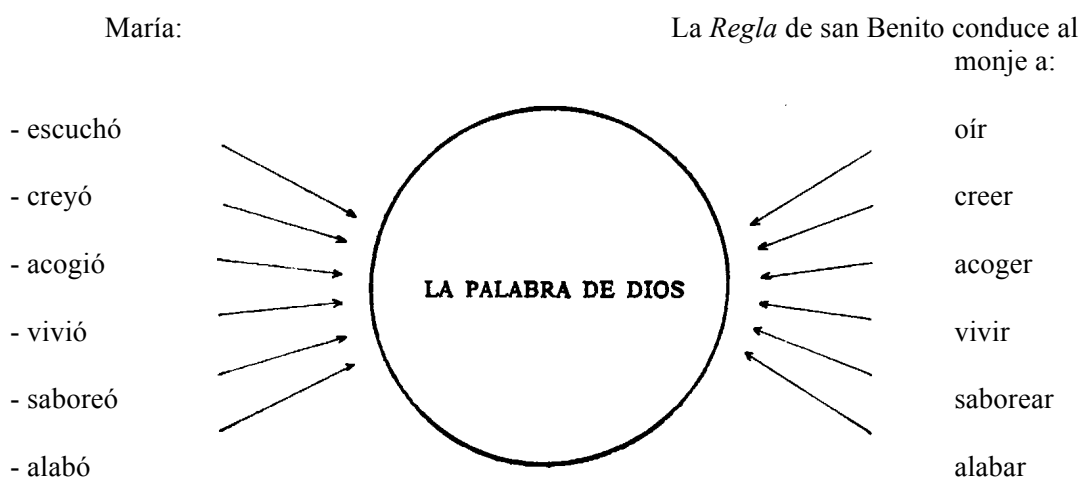
El hombre siempre aspiró a la unidad de su ser, a la unificación de todas sus fuerzas. De modo especial, el monacato -cristiano o no cristiano-. Se trazaron caminos. San Benito no inventó uno nuevo, pues el camino sólo puede ser la “humillación - exaltación” de Cristo. El proceso de transfiguración lo muestra la RB a través de la imagen de la escala de Jacob: “la escala así erigida representa nuestra vida en el mundo... los lados de ella decimos ser nuestro cuerpo y nuestra alma... la vocación divina ha dispuesto diversos grados. Subidos finalmente, llegará el monje enseguida -MOX- a su “natural”: la unidad de su ser. “NATURALITER” continuará recorriendo los mismos grados de humildad, “por la delectación de las virtudes”.

QUAE IAM IN OPERARIO SUO MUNDO A VITIIS ET PECCATIS SPIRITU SANCTO DIGNABITUR DEMONSTRARE (RB c. 7).

En la Regla de san Benito la “caridad perfecta” (c. 7) es la forma que toma en este mundo, aquello que la Regla del Maestro deja solamente para la eternidad.

CONCLUSIÓN

La Regla benedictina se inserta perfectamente en el *ECCE - FIAT - MAGNIFICAT* de nuestra Señora.



⁴² Una antigua tradición hace coincidir el *monte Moria* con el Monte Calvario.

*Monasterio María Madre de Cristo
Caxambú - Brasil*